

## APÉNDICE DOCUMENTAL

### DOCUMENTO N° 1

Discurso manuscrito fechado en el 20 de octubre de 1871 (J. María Arnau)

Señores: Al encargarme por primera vez en esta cartera de exponer algunas ideas sobre la naturaleza de lo bello, no trato de englobarme en los peligrosos mares de la pura metafísica... La índole del estudio que nos ocupa, el poco tiempo que poseemos para desarrollar este mismo estudio en toda su extensión, mis escasos conocimientos filosóficos, y sobre todo la poca o ninguna utilidad que de este examen meramente filosófico reportaríamos en nuestras aplicaciones prácticas al arte objeto único de nuestros afanes, harían de una discusión profunda sobre el tema que nos va a ocupar sucintamente, más que un vestíbulo propio del templo del arte en que vamos a penetrar, una de esas pirámides que si causan admiración y espanto en el ánimo del viajero del desierto que las contempla, por el poder que revela en sus constructores o quizás por la idea elevada a que están dedicadas, nunca el ojo artista las prefiere a cualquiera de los pequeños (relativamente), pero graciosos monumentos de la antigua Grecia.

Pero aún así circunscrita la cuestión no por eso se crea que carece de dificultades el abordarla siquiera sea sólo en el concepto de la aplicación práctica.

Se trata, señores, de la belleza, y lo primero que naturalmente ocurre es preguntar: ¿y qué es la belleza...? ¿En qué consiste esa cualidad, esa excelencia de los objetos que nos atrae, que nos seduce en ocasiones más, mucho más que la verdad y la bondad sus naturales compañeras...?

Y he aquí, señores, que al plantear, al tratar de resolver el problema de la belleza nos encontramos frente a frente de una cosa que no podemos definir, que nadie ha definido, que nadie definirá, porque como todas las ideas fundamentales, como todos los elementos esenciales de la naturaleza, posee una simplicidad desesperante para nuestra razón que no puede más que comparar y a la que falta esa intuición viva, a la que falta, si cabe hablar así, ese microscopio capaz de distinguir los átomos, los elementos de la verdad, así como en el mundo físico nos es imposible ver los átomos y los elementos de la materia, porque en una palabra como en todo lo que es esencia, como todas las ideas primitivas contienen un quid misterioso que se ha reservado Aquél que es la esencia límite por excelencia.

Sin embargo, no por eso debemos desanimarnos, si es verdad que no podemos simbolizarla, y reuniendo los elementos que hayamos estudiado en ella, quizás lleguemos a enunciar una idea aproximada de ella y de esa idea partir para establecer leyes generales con arreglo a las cuales podamos juzgar con acierto una obra artística ya existente, o bien unida al buen gusto y numen artístico particular llega a sentir, ya que no sea lícito comprender, esa misma belleza en las obras de arte que nos sea dado componer.

El tratado, pues, de estas condiciones que debe reunir un objeto para poder llamarse bello y el de las leyes generales de la belleza constituye un cuerpo de doctrina al que se ha dado el nombre Estética. Todos sabéis la etimología de la palabra Estética: derivada del griego *εστιν* (sensación), parecenos designar por objeto de este tratado las sensaciones, o lo que es lo mismo, supone consistir la belleza en el puro placer sensual. Esta apreciación que aunque luego refutaremos y desde luego aparece como absurda, hace que creyéramos más conveniente usar la de calología o caloestética que encierra en sí la idea que se trata de representar, pues que se compone de las dos palabras *χαλλος*, (belleza) y *λογος*, (tratado) que yuxtapuestas significan tratado de la belleza. Esto, no obstante el uso, autorizó la palabra estética y cualquiera otra parecería deseo de innovación, aunque como dice Horacio en ciertos casos sea lícita la innovación de palabras siempre que se trate de expresar más exactamente el objeto.

Pero aquí, señores, se presenta una cuestión preliminar, se dice que estética es la ciencia de lo bello. Ahora bien, ¿merece realmente el dictado de ciencia el conjunto de preceptos y leyes que debe reunir una obra bella? Para esto expongamos las condiciones que debe llenar una verdadera ciencia.

El filósofo alemán Fichte ha dicho: "No hay ciencia verdadera si no está fundada en un principio único"; ¿y acaso, pregunto yo ahora, hay muchas ciencias a las que nadie usa disputar

su dictado de tales hay muchas ciencias, repito, que se funden en un sólo principio al cual vayan a confluír todos los demás como razón última de ellos...? Serían acaso ciencias la física, la mecánica, la cosmografía, si hubiera necesidad de referir todas sus leyes, todos sus teoremas a una razón universal y única. En física, por ejemplo, explicamos unos fenómenos por la luz, otros por las leyes de la electricidad y por más que se trabaje por reducir todos los agentes físicos a uno solo, ya sea éste la electricidad, o lo que es más admitido, la fuerza como causa del movimiento, esta teoría hasta ahora ha dado pocos resultados y sin embargo ciencia es la física. La ciencia, señores, tiene un concepto más modesto, pero más exacto que el que le da el célebre pensador alemán: *el conocimiento de las cosas por sus causas*, he aquí la verdadera noción de la ciencia. En este concepto las condiciones de toda ciencia son: 1ª, conocimiento de los objetos que se propone dilucidar, tales como son en sí y de las relaciones de estos mismos objetos; 2ª, el de las causas de estas mismas relaciones. Ahora bien, precisada de este modo la noción de ciencia, ¿en qué concepto podremos apellidar ciencia a la teoría de lo bello...?

Desde luego observamos que el único juicio que nos formamos al decir que tal objeto es bello es verdadero, es decir, que su belleza no es una ilusión de nuestro entendimiento, como una vana abstracción, como un continente sin contenido; esa cualidad que nosotros asignamos al objeto es una realidad, pues que ha sido juzgado y no puede juzgarse lo que no existe. Si pues la idea de lo bello existe por sí e independientemente de nuestro modo de apreciar, no hay ninguna repugnancia para creer que de esta idea podremos partir para establecer leyes generales de belleza con arreglo a las cuales podamos *demostrar* que tal objeto es bello, como fundamento en el principio de la identidad se demuestra en matemáticas que tal corolario o principio es exacto como partiendo de la ley de los momentos de las fuerzas se demuestra toda la mecánica. Así, pues, señores, si conocemos la belleza en ellas y al mismo tiempo podemos asignarle principios universales e inmutables, la teoría de la belleza es una ciencia incompleta quizás como todas capaz de perfección y adelanto y como todas hubiera tendido a realizar por aproximación siquiera el tipo de perfecta belleza que junto con el de perfecta verdad y el de perfecta bondad reside en Dios, síntesis última de todas las perfecciones y de todas las realidades.

Explicar las razones de la esencia de lo bello, distinguiendo en ello lo accidental, lo variable, lo contingente, de lo inmutable e imperecedero, referir cada hecho a su ley, cada fenómeno a su causa, remontándose de las ideas concretas a los conceptos generales, para allí bajar a la realización de la belleza en obras particulares, he aquí todo el objeto de la Estética. No se trata aquí de procedimientos, de preceptos, de la manera de realizar estas mismas obras, no; se trata sólo de marcar puntos cardinales de partida y de ajuste que cual faros salvadores, dejando al genio ancho mar para sus concepciones atrevidas, los giros fantásticos de su potente imaginación, sus luchas gigantescas con el pincel que se resiste o el buril que se entorpece le impida, sin embargo, se extravíe en medio de muchos escollos que le rodean en medio de su fantasía peligrosamente fecunda que le fascina...

Determinado ya el concepto de estética con expresión de su verdadero objeto o sea el estudio de la belleza, pasaremos a emitir algunas indicaciones sobre esta belleza.

Si tendemos una mirada al mundo que nos rodea observamos que todo lo que en él existe se manifiesta a nosotros o por esencias o propiedades que nos revelan su existencia o por fenómenos, es decir, por cualidades persistentes y por atributos que se modifican.

Lo primero que se nos ocurre al contemplar un objeto es que existe y que es: si el juicio que forma nuestra inteligencia lo creemos conforme con la realidad decimos que aquel objeto es verdadero, esto es, decimos que los objetos son realidades existentes. Pero aquel objeto reúne ciertas condiciones, es bueno o malo y de un concepto a otro nos afecta de cierta manera, tenemos pues la bondad en los objetos, si adelantamos todavía en el estudio de las cualidades del mundo externo, observamos otras que nos afectan de una manera agradable o desagradable, pero particular y distinta de cuando lo contemplamos en el concepto ético y decimos de estos objetos que son bellos o feos. Verdad, bondad, belleza; he aquí el resumen de todo lo existente, he aquí, como dice Kant, el no yo. Nuestra inteligencia juzga, nuestra voluntad ama, nuestro corazón siente, he aquí el sujeto en sus relaciones exteriores, he aquí el yo.

Correspondiente a la metafísica pura, la verdad, la Ética, la bondad, vamos a ocuparnos exclusivamente del estudio de la tercera cualidad.

Varias son, señores, las opiniones que se han emitido sobre la belleza, ya se considere como propiedad de los objetos ya como facultad de nuestro espíritu estético en sí.

Entre éstas descuello, en primer lugar, la que haciéndola bajar del alto puesto que le corresponde la convierte en un nuevo deleite sensual; la belleza, dicen los defensores de este sistema, no es otra cosa que lo agradable. Para estos seres que carecen completamente de sentimiento estético, toda obra artística, toda bella producción no es otra cosa que un medio de satisfacer su curiosidad. Para estos hombres no sería quizás difícil cambiar las sensaciones tranquilas pero dulces que una obra de arte o una belleza natural produce en el ánimo de cualquiera de los goces materiales más groseros: la descripción del Partenón debe suscitar en ellos los mismos sentimientos que la lectura de los opíparos banquetes de Heliofáballo. Platón ha retratado admirablemente a estos hombres: "Ved —dice— por dónde yo distingo estas gentes que son ávidas de ver, tienen la manía de las artes... los primeros en que la curiosidad está toda en los ojos y en las orejas, gustan de oír buenas voces, de ver bellos colores, bellas figuras y toda obra de arte en que la naturaleza descubre algo de bello; pero su alma es incapaz de elevarse a la esencia de lo bello de conocerle y amarle". Inútil es, señores, que nos detengamos mucho para probar la falsedad de esta teoría. Es cierto que la belleza física es casi siempre agradable a los sentidos, que una cosa que nos hace sufrir pocas veces nos parece bella; pero sí es verdad que el sentimiento de lo bello va casi siempre acompañado de lo agradable de la sensación, no por eso debemos inferir que son una misma cosa la sensación y el sentimiento. Nosotros sabemos que no todas las cosas agradables nos parecen bellas, una comida bien aderezada no nos merecerá nunca el apreciativo de bella; además no son las cosas más agradables las que nos parecen las más bellas, un aire alegre y acompasado nos produce en música una sensación más grata al oído que una melodía lúgubre de Mozart que hasta puede parecer discordante. Qué más, el sentimiento de lo bello puede rayar en lo sublime y ¿quién duda que hay sensaciones en lo sublime que nos causan dolor?... La contemplación del brillante disco del sol causa a nuestra retina una impresión dolorosa y sin embargo nuestro espíritu goza de aquel espectáculo; una tempestad desencadenada nos asalta en medio de un desfiladero; zumba el trueno, cruza raudo el espacio el resplandor del relámpago, desgaja el rayo el tronco secular de una encina, precipitase en torrentes la lluvia y brama el viento en la garganta de aquel monte al azotar sus empinadas crestas y, sin embargo, de aquel conjunto de sonidos discordante que hiere nuestros oídos, de aquel fulgor súbito que impresiona desagradablemente nuestra retina, de aquella lluvia que estropea nuestro cuerpo,... nuestra alma, sobre todo si es un alma grande, si es un alma impresionable, si es un alma de artista en una palabra, goza placeres indecibles y a pesar del terror moral, del espanto de su ánimo, se detiene y exclama ¡qué majestuoso!, ¡qué sublime espectáculo! ...Y es que, señores, por encima de nuestras necesidades materiales, de nuestros goces sensuales se levantan otras necesidades y otros goces de un valor infinitamente mayor; es que el alma inteligente compara y ve armonías supremas en la desarmonía del conjunto, es que nuestra razón juzga que aquello es bello, es que acaso a través de aquellas nubes espesas y aterradoras nuestra alma ve bellezas ignoradas que desea abarcar y comprender.

¡Comprender! ...ésta es la palabra: nuestros sentidos conducen objetos bellos, nuestra inteligencia, compara, reflexiona, y dice si efectivamente esto es bello. Sí señores, así como sólo nuestra voluntad libre es capaz de amar lo bueno y sólo nuestro juicio racional es capaz de comprender lo verdadero, sólo nuestro corazón es digno de sentir lo bello... De otro modo deberíamos conceder sentido estético a los brutos que también ellos gustan de deleites de los sentidos.

Hay otra escuela más positivista que refiere lo bello a todo lo que es útil; lo bello, dicen los utilitaristas, no es el objeto que nos procura una sensación fugitiva, sino aquello que nos puede procurar esta misma sensación agradable u otras semejantes repetidas veces y aún en diferente tiempo. Poco necesitamos para probar que ni todo lo que es útil es bello ni todo lo que es bello es útil: nada, por ejemplo, más útil que una caldera de vapor y no sé hasta qué punto puede llegar su belleza. En una excavación os encontraréis un friso de un gran mérito y sin embargo aquella preciosidad muy buena para un museo no os va a servir de nada. Hay cosas bellas y útiles al mismo tiempo, pero no son útiles porque son bellas sino porque reúnen ciertas circunstancias que nos las hacen a propósito para un fin.

Poseéis un naranjo cargado de frutos, sin duda el color verde oscuro de sus hojas, o el rojo de sus frutos os parecerán bellos, pero de seguro no será eso lo que apreciaréis.

Otra teoría muy antigua hace consistir la belleza de un objeto en su perfección interior, esto es, en la conveniencia de sus partes para un fin determinado. Una máquina, por ejemplo, cuyas diversas piezas están admirablemente dispuestas para concurrir al juego total de la máquina es un objeto muy perfecto en su orden y, sin embargo, puede no ser bello. Aquí, sin embargo, hay que advertir que así como antes decíamos que utilidad no suponía la belleza, ni la belleza la utilidad, ahora debemos decir que si bien la conveniencia o perfección relativa no incluye la

belleza, la belleza supone indefectiblemente esta conveniencia entre el fin y los medios, de otro modo esta falta de congruencia nos chocaría. También debemos notar que al hablar de la perfección o no de un objeto, no debemos entender su perfección absoluta que incluye necesariamente la belleza.

Se ha creído también ver la belleza en la proporción (relación de dimensiones) o en el orden (arreglo de partes). Bien se comprende que no son sólo estas propiedades las que pueden acreditar un objeto de bello; la proporcionalidad puede existir en una figura geométrica cualquiera, un cuadrado por ejemplo, y sin embargo, poco excitan nuestra admiración. El orden y la regularidad existe en cierta disposición de objetos que puede ser hasta monótona.

La belleza, pues, señores, no reside en la sensación material, no se reduce a la mera utilidad, ni a la conveniencia, no es la proporción ni el orden; ¿en qué consiste, pues, esa cualidad especial que nos hace simpáticos los objetos, que nos los hace amables?

Al tratar de entrar de lleno en la cuestión se nos presenta éste que pudiéramos llamar tema preliminar. ¿Hay en los objetos algo real y efectivo que los hace bellos o reside en nosotros cierto instinto, o si lo queréis, cierta facultad estética que en ocasiones nos hace parecer bellos ciertos objetos que en sí no lo son?, esto es:

¿Existe la belleza independientemente del hombre?

Señores, en primer lugar repugna creer que Dios al criar al hombre pusiese en él una facultad capaz de engañarle con respecto al mundo exterior, creer que el hombre ve en los objetos cualidades que no poseen, vale tanto como decir que Dios se complace en alimentar al hombre de puras quimeras. Además, sí es posible, que la belleza sea meramente subjetiva e ilusoria en los objetos, ¿por qué no ha de ser la bondad subjetiva también y matamos la libertad en el hombre, o lo había de ser la verdad, la realidad de los objetos y nos sumimos en el escepticismo absoluto...? Pero hay más, si según los mismos filósofos que con Kant defienden la subjetividad de la belleza, el tipo de la perfecta hermosura está en Dios, ¿por qué Dios no debía complacerse en imprimir a sus obras algún sello de perfección, de excelencia exterior que manifestase al supremo artista del mismo modo que un escultor se complace en fotografiar el poder de su genio en las obras de su imaginación...?

Y si de este orden trascendental de ideas descendemos a apreciaciones menos elevadas, el que una belleza fuera ignorada supondría por ello que no existiese. Pero, sobre todo, señores, si fuera aquella una facultad subjetiva de nuestra alma, debía ser capaz de perfeccionamiento, de educación, a la altura, pues, que se encuentra nuestra civilización debíamos o encontrar feas ciertas estatuas antiguas o crear ahora formas mucho más bellas, ¿cómo es que en Bellas-artes es imposible o al menos no se ha verificado hasta ahora un progreso positivo, esto es, el descubrimiento de nuevos elementos de belleza...? Entiéndase que hablo de la humanidad entera. Los órdenes griegos y romanos como bases, digamos así, como elementos capaces de producir en nosotros la belleza podrían haberse perfeccionado de época en época hasta nuestros días, por el estudio comparativo de esa belleza con el tipo que nosotros tenemos en sí, y no se diga que la humanidad no siempre va en progreso, qué sabios eran los pueblos griegos, testigo su finísima filosofía y, sin embargo, no es comparable la ciencia de Arquímedes, Euclides y Platón con la de Newton, Galileo y Descartes.

Sí, señores, en los objetos hay lo mismo que en su realidad y su bondad una cualidad positiva y perceptible que pone de manifiesto su excelencia; hay una propiedad que pone de relieve su vida, su armonía. En nosotros lo que hay es un espejo que retrata esas bellezas y así como de este retrato en el fenómeno de la visión resulta la idea del objeto que miramos, así en el fenómeno estético que consideramos resulta el sentimiento y la idea consiguiente de lo armónico, de lo viviente, de lo bello. Lo que hay, señores, como decía antes, que así como somos aptos de ver lo *visible*, de comprender lo *real*, de amar lo real y efectivamente bueno de los objetos, así también hay en nosotros una aptitud para sentir la belleza de las cosas naturales y de presentirla y admirarla (en parte) en las sobrenaturales y en Dios.

Así, pues, hay una excelencia particular que reside exclusivamente en los objetos, esta es la belleza objetiva. Esta excelencia hemos dicho que no es ni la perfección interior ni la utilidad, no es tampoco el carácter (o sea la manifestación del género), pues objetos hay muy bien caracterizados y son tanto menos bellos cuanto más están en carácter; sirva de ejemplo el sapo, cuyos miembros rechonchos y cuya piel asquerosa no deja por eso distinguirlo perfectamente de

otros animales.

Tampoco reside en la expresión (manifestación del estado), pues sabido es que hay expresiones tan acentuadas que por no ser muy verdaderas deja de afear el rostro en que se dibujan.

Esta excelencia, pues, no puede consistir más que en una perfección exterior en una excelencia de forma. ¿Pero debemos de esto deducir que esta excelencia se refiere sólo a la forma material...? ¿A lo perceptible por los sentidos...? De ninguna manera bellezas hay en que no es la configuración de las formas materiales: líneas, color, proporción, lo que nos las hace más interesantes..., la belleza que tiene una categoría tan elevada no puede referirse sólo al orden material, de sí muy inferior al intelectual, moral y religioso. Una idea levantada, una acción heroica, son y serán siempre bellezas reales. Y aun en los mismos objetos materiales ¿es sólo la armonía física su principal atractivo? Decidme cómo es más bella una imagen de Rafael que de ningún otro maestro, siendo así que el colorido, por ejemplo, es inferior a otras; es que posee cierto sabor espiritual, un algo divino y sobrenatural que nos la presenta, no como es, sino como debe ser el original. El mismo arte bizantino no es incorrecto con arreglo a las severas prescripciones del arte y sin embargo es una arquitectura muy bella. El canto gregoriano, esa melodía pausada y que algunos encuentran monótona, no produce, en condiciones dadas, un efecto sublime. No nos impresiona más una catedral, y nos parece más bella que un palacio de industrias por más que valga este más que como obra artística que aquél, y sobre todo, el arte por excelencia, la poesía, no es la belleza espiritual la que campea en ella con preferencia a la medida y a la cadencia. No son bellos ciertos sentimientos de un modo muy distinto que son buenos. Pero a qué cansarnos; Dios mismo, ¿no es la belleza realizada desde la eternidad?

Séame lícita esta digresión que he creído necesaria para desvanecer una apreciación de la belleza, por desgracia demasiado extendida en nuestros días.

Sentado, pues, que la belleza no sólo reside en los objetos naturales físicos o artísticos y dejando el estudio de estos últimos, ocupémonos exclusivamente de los objetos físicos, esto es, de la parte objetiva y real de la Estética, y aun entre estos concretémonos a consideración de los objetos ópticamente conceptuados, pues que las cualidades que señalemos a estos para que puedan llamarse bellos serán con corta diferencia, y aplicando lo que digamos de extensión al tiempo y lo que expresemos por intensidad y pureza al sonido aplicables a estos mismos objetos acústicamente considerados.

Desde luego, si extendemos nuestra mirada por la rica y variada naturaleza que nos rodea, qué caprichosa variedad no observamos en la multitud inmensa de seres que la componen. Desde las áridas rocas de elevadas montañas, la inmensidad del océano, los confusos grupos de millones de vegetales, los más diversos entre sí, hasta los más perfectos seres del reino animal y entre estos el ser inteligente y libre, qué gradación de bellezas...! O bien vemos también que a medida que ascendemos en la escala de los seres naturales, ascendemos también en el conjunto de su belleza desde el rudo mineral cuya inercia nos es instintivamente repulsiva y que apenas ofrece algunas variantes en el color, hasta la elegancia de las formas, conveniente disposición en los miembros y sobre todo en la inteligente fisonomía del hombre, se puede decir que se van notando unas bellezas a medida que se observa mayor perfección. En un mineral, por ejemplo, no se ofrece a nuestra consideración más que una unidad muerta, informe sin otra fuerza en sí, sin otro elemento vital que la cohesión de sus moléculas, sus colores desagradables generalmente, su configuración disimétrica, su movimiento nulo, comparémosle con una mariposa, es una unidad viviente, de agradables y vistosísimos colores, sus movimientos expresión de su vitalidad son bellos, su figura es simétrica, conveniente, en una palabra es una armonía, un conjunto bello relativamente, si de la mariposa pasamos a la consideración del caballo su belleza se presentará a nuestros ojos con un carácter más elevado, si se quiere más noble, ¡qué contornos tan delicados!, ¡qué disposición tan ordenada en sus miembros, qué proporcionalidad, qué movimientos tan elegantes y sobre todo qué mirada tan inteligente!, ¡qué vida, qué fuerza, nos revela sobre todo en sus limitados medios de expresión...!

Empecemos, pues, el estudio de la belleza en los seres más elementales, más sencillos y que sin embargo son hermosos. ¿Quién no se ha embelesado alguna vez en una de esas serenas tardes de verano al contemplar el azul purísimo de la bóveda celeste? ¡Qué gradación de tintas tan suave, qué transparencia, qué color tan uniforme al parecer, que es la desesperación de los artistas! ¡Con tan pocos elementos, qué variado conjunto...!

Contempláis apoyados en las bandas de un buque la inmensidad del mar que se extiende hasta confines ignorados, y si es en uno de esos días en que descansa fatigado de sus luchas, qué tersura en su superficie y al mismo tiempo cuántos reflejos; a nuestro alrededor es azul

verdoso, más lejos el azul va dominando hasta perderse en una cinta azul claro que se junta sin confundirse en el azul del firmamento... ¿Qué es lo que más nos ha complacido en estos objetos aparte de las consideraciones morales que haya podido despertar en nosotros...?; en primer lugar su pureza y diafanidad: el cielo no nos hubiera parecido tan bello si alguna nube empañara su limpidez y color. El mar no tuviera para nosotros los encantos que han absorbido nuestra atención si algún cuerpo extraño (restos de naufragios) hubieran venido a distraer nuestra atención. Quizás es también en algunos de estos objetos simples, un elemento de belleza, la calma, la tranquilidad: un cielo borrascoso, un torrente devastador podrán ser sublimes, imponentes, pero no bellos. Sin embargo esta propiedad no es tan general; así vemos que nos es grato contemplar las caprichosas ondulaciones de una llama o los giros juguetones de un arroyuelo, sin embargo, que en este último caso se nos podría objetar que no consideramos el elemento agua en sí, sino en relación con los pliegues y recodos del terreno.

Pasemos ahora al estudio de los seres más complejos y desde luego distinguimos perfectamente en todos ellos propiedades que nos seducen y que sin embargo son totalmente diferentes.

Contemplamos ahora una flor, con sus delicados y vistosos matices, ¡qué viveza en los tonos, qué pureza en el color, qué transiciones tan suaves, qué combinaciones, están armónicamente dispuestas, luego quizás nos fijamos en la figura de sus pétalos, en su disposición simétrica, en la proporcionalidad del tallo, con la corola y con el cáliz, aún después de éstos todavía nos deleita el suave balanceo de la flor sobre su tallo. Vemos, pues, en todas estas propiedades dos que dominan: el color y la configuración. Estudiemos el primero.

No hay para decir que en los colores aislados hay que buscar, primero, su pureza, y segundo, su intensidad. Por pureza entendemos el que no haya tintas extrañas que ensucien, hablando así, la tinta general. Una hoja de un naranjo de un verde tan hermoso no nos parecería tan bella si la encontramos manchada. La intensidad debe entenderse no en el sentido de que los colores sean más vivos para ser más bellos (v. gr., el rojo), sino que dada una coloración particular cuando acentuada ésta, mejor efecto producirá. Hay además circunstancias accesorias que favorecen la belleza de los colores: el pulimento de las superficies pintadas, la transparencia o diafanidad del elemento coloreado, cierta disposición en la luz, etcétera, son otras cualidades que dan vida al color.

Pero los colores generalmente se encuentran combinados entre sí. La condición indispensable que se debe exigir a un conjunto para ser bello además de las dos anteriores referentes a cada color en particular, no es otra que la riqueza y armonía de estos mismos colores. Para comprender esta idea supongamos el de un ramo de flores y supongamos en primer lugar este ramo arreglado a capricho y las flores combinadas en desorden; luego formemos otro ramo estudiando su feliz disposición situando flores cuyos colores vayan bien en contacto, por ejemplo, una hilada de rosas y otra de lilas, un grupo de jazmines rodeado de violetas, etc. Qué diferente efecto nos causarán ambos. En el primero cada flor se destaca por sí formando un todo aparte las que la rodean, cada flor estará *sólo*, digámoslo así, destruyendo la pureza del adlátere, es decir, no habrá realmente un ramo, sino un manojo de flores menos bellas quizás que si se encontrasen aisladas; en cambio en el segundo la gradación suave de las diversas tintas se mezclará, se aunará, digámoslo así, y el ojo del espectador no percibirá varias flores, sino un conjunto armonioso y uno, sintetizando más mi idea no serán varias flores lo que veamos sino una flor de los variados y hermosos cambiantes que confundiendo armónicamente en nuestra retina nos producirán también un solo color.

También contribuye a realzar la belleza del colorido el paso insensible y por tonos que van perdiendo su valor de un color a otro, tal constituye quizás la belleza del arco iris. Además debe observarse que cuando se encuentra un color dominante por su volumen o por su intensidad, el que le estén sorbiendo todos los demás. Así un azul vivo, aunque de pequeña dimensión, producirá una duplicidad chocante si está cerca de una masa roja dominante.

Esto, a no dudarlo, es lo que hace tan bellos los lejos de cierto paisaje, pues además de que todo lo que está envuelto en cierta gasa misteriosa produce en nosotros cierto atractivo, el color azul del aire dominando en todos los colores produce el efecto de una masa azulada.

Otra cualidad que es como apéndice de la que hemos estudiado y que contribuye también a la belleza es el claro-oscuro. Un árbol nos parecería monótono y hasta feo si no fuera por la gradación de luces que, además de producir la diversidad de tonos, da lugar a grandes masas de luz y de oscuridad que además de dar relieve y por consiguiente vida al objeto, contribuye a cierta armonía debida al contraste de las partes en luz con la oscuridad. La condición a que debe satisfacer el claro-oscuro para contribuir a la belleza es que haya una masa general de claro con la que se relacionen los tonos luminosos secundarios, lo cual podremos aplicarlo también al

oscuro; y además que el objeto no haga duro por la contraposición brusca de la luz y de la sombra, que establecida la gradación ésta se guarde uniformemente en todo el objetivo: un hombre, por ejemplo, cuya juventud exigiera cierta redondez en las formas y por lo tanto suavidad en el tránsito del claro al oscuro sería deforme si en su constitución física, en su pie por ejemplo, ofreciera contornos angulosos o de viejo que producirán discordancia por el tránsito rápido de la luz a la sombra. Viceversa diríamos de un atleta, de un anciano.

Con respecto a la configuración del objeto además del tamaño en el cual se debe exigir el de un término medio al correspondiente a la especie del objeto que se considera para que no parezca ni raquítico ni desmesurado, debemos estudiar las líneas o contornos interiores y exteriores, la proporcionalidad en las dimensiones y la conveniente colocación de partes. Estudiemos cada una de estas condiciones en particular. Desde luego en las líneas, contornos o direcciones de las masas de los objetos observamos, primero, su forma, y nos agrada generalmente aquella que creemos obedece a una ley, si a esta ley unimos la variedad en la dirección tendremos reunidas las dos condiciones de belleza en la figura de las líneas: observando siempre que aquella línea que suponga una ley tan sólo adivinada, pero no conocida de nosotros, será más bella que toda obra. Las líneas, por ejemplo, parabólicas y ondulantes serán siempre más bellas que la recta y el círculo.

Hay que considerar además en las líneas sus relaciones de posiciones; así un objeto será bello si la línea principal que determina la masa de su todo tiene una dirección única, si la dirección es doble o equívoca. Una cigüeña, por ejemplo, que tuviera el cuerpo muy largo o el cuello tendido en sentido horizontal sería muy fea. Además, si el contorno general tiene formas redondeadas deberán evitarse los ángulos o prominencias, un elefante que tuviera la cabeza como la de una jirafa sería mucho más feo en su género.

Dediquemos ahora algunas consideraciones al orden o conveniente colocación de partes, y a la proporción o conveniente relación de dimensiones de estas mismas partes.

¿Y cuál debe ser esta proporcionalidad, cuál esta colocación? He aquí la cuestión. ¿Consiste sólo en una relación o en un arreglo cualquiera de partes? ¿Habrá una cierta proporcionalidad o un cierto arreglo que será la típica y con respecto a ella los objetos serán más o menos proporcionados, más o menos arreglados u ordenados? De ninguna manera, pues que vemos objetos en la naturaleza que tienen un número, arreglo y proporciones de partes totalmente opuestos. Es que según dice Platón en cada especie de seres hay una relación de posición y magnitud particular, es decir, ¿es que existe en este sentido un tipo en cada especie...?, pero esto supone un tipo de belleza conocido a *priori* por nosotros, lo que no es verdad, y tanto no lo es que algunas veces al descubrir una especie nueva y de formas y dimensiones particulares, nos equivocamos con respecto a su belleza y sólo la costumbre y más que todo la reflexión le han podido devolver su belleza.

Hay además otro orden y otra proporción. El orden y la proporción de ciertas partes que sin ser a propósito para llenar un fin nos gustan sin embargo. Esto sin contar el orden y la proporción que establece la costumbre que muchas veces nos hace preferir ciertas dimensiones y cierto arreglo antiestético o un desorden proporcionado artístico. ¿No está más ordenado un paño plegado que si arrojado con cierto descuido estudiado, y sin embargo cuál es más bello?

Hay, pues, objetos que nos parecen bellos y son proporcionados y ordenados y en cambio también hay objetos bien relacionados y que sin embargo no nos parecen bellos, ¿en qué consiste esta paradoja...? Un cerdo, por ejemplo, está proporcionado y ordenado *para un fin*; quítensele las formas tan pesadas que nos lo presentan tan repulsivo y será más bello, pero será desproporcionado y desordenado para su fin... ¿Cómo se explica esto?

Señores, cada especie de seres está animada por un principio: la fuerza; esta fuerza debe en cada especie desarrollarse, vencer los obstáculos que le rodean de un cierto modo y hasta cierto grado solamente. No es el fin del cerdo correr, dar saltos, ser ágil, como el caballo. Dios, al criar los diversos seres naturales, les señaló un fin y los medios para su realización; la conveniencia de los medios limitados e imperfectos para este fin, he aquí el orden y la proporción, que no son la belleza para nosotros que concebimos más allá de este orden y de esta proporción relativos, más allá de la naturaleza actual de las cosas, que esta fuerza que tiene cada ser exige o parece exigir por su naturaleza un desarrollo sin trabas, en todo tiempo y de una manera ilimitada. Queremos que el fin sea indefinido e ilimitados también los medios para llegar a él: he aquí el orden y la proporción que nos agradan; de aquí el orden y la perfección absolutos, perfectos de que resulta la belleza. Y he aquí, también, en qué sentido es la perfección. Cuanto más, pues, los objetos se aproximen a este estado de orden y proporción absolutos tanto más bellos serán.

En cuanto a las leyes que presiden a este orden y a esta proporción no son absolutamente

desconocidas. Sabemos que cierta relación, que cierta disposición nos hace bien, pero no podemos decir porqué... Sin embargo, podemos decir que en relación de dimensiones deben unirse los límites o extremos, que deben reunirse en la colocación objetos de una misma clase, que las partes menos importantes deben depender de las que lo son más que las sustentadas (sic) o apoyos deben estar debajo de las sostenidas. Además, en la proporcionalidad debe buscarse que dada una cierta relación, esta *razón* sea constante; un pato, por ejemplo, en un cuello muy largo sería monstruoso, pues la relación de sus piernas con su cuerpo no sería la misma que la de éste con el cuello.

Algunas veces, además de los elementos que hemos señalado, en los objetos bellos puede agregarse otro que se diferencia esencialmente de los anteriores en que no coexiste, sino que se manifiesta de un modo sucesivo. Tal es la suavidad de ciertos movimientos y cierta concordancia de la trayectoria que recorre el objeto con la forma de este mismo objeto: tal es el voluptuoso balanceo de una flor sobre su tallo. Quizás una gran velocidad si va acompañada de versatilidad en la dirección puede ayudar al concepto de belleza: tal sucede, v. gr., en la mariposa.

Hasta ahora, señores, hemos señalado, aunque sucintamente, porque la índole de nuestro trabajo no permitía mayor extensión, cuáles son los elementos principales que constituyen la belleza en los objetos naturales: hemos llegado, pues, al punto culminante de la cuestión. Después de haber consignado qué es lo que no es la belleza y de haber indicado qué era lo que formaba parte de esta belleza, falta reunir estos mismos elementos dispersos, coordinarlos y fundirlos, digamos así, para poder sintetizarlos en una fórmula sencilla que ya no nos dé una idea exacta de lo que buscamos, nos aproxime algún tanto.

¿Qué es, pues, la belleza...? Estudiando, señores, todo el orden de relaciones que hemos encontrado para los conjuntos bellos: lo mismo en el color que en la proporción, en el orden que en el movimiento, vemos que domina una cualidad general y común que es como si dijéramos la esencia de lo bello que contiene cada uno de estos elementos. Este principio es la feliz combinación de todas las partes de un objeto para formar un todo bello; es la vida, digamos así, dentro de la unidad es armonía en la diversidad, o para decirlo de una vez, es la unidad armonizando la variedad. ¿Consistirá la belleza en esta armonía...?

Para responder a esta pregunta que contiene la solución del problema descompongamos la cuestión y veamos si puede darse la belleza en la unidad sin la variedad o en la variedad sin la unidad.

Si se presenta a nuestra vista una reunión de colores muy diferentes, aun suponiendo que cada uno en particular sea bellísimo, el conjunto nos parece abigarrado, feo.

Que se nos presente un haz de ramos de diversos árboles, si al principio nos fijamos en los detalles en el torneado de los troncos, en el color y la figura de las hojas, etc., sentiremos cierto placer, pero pronto preferiríamos ver un árbol en que todos los ramos saliesen de un tronco común único, pronto buscaríamos la unidad en el ramaje.

Por el contrario, si oímos un aire, una melodía que repite sus ritmos indefinidamente al principio la encontraremos bella, pero luego nos fastidiará. Aquí se guarda demasiado bien el motivo de la composición, aquí hay unidad, pero unidad que nos desagrada, que nos parece monótona.

Que nuestra imaginación necesita la unidad, necesita abarcar, digamos así, el objeto de un golpe de vista no hay porqué probarlo. Sin unidad, además, no hay clara percepción, cuando sólo percibimos las partes de un todo y sucesivamente podemos formar juicio de ese todo lo mismo que cuando estas partes están cubiertas o veladas por otras extrañas, un ojo, una nariz, una boca vistos sucesivamente no pueden darnos a comprender si un rostro es bello o feo. Las partes, además, deben estar sometidas al todo, una cualquiera de ellas que predominase tendería a formar otro todo que chocaría como el primero; repartiendo nuestra atención entre ambos se produciría en nuestro ánimo, al par que cierto malestar, un juicio incompleto del objeto.

¿Qué sería una orquesta compuesta de centenares de instrumentos sin esa unidad de tono, de compás y de motivo...? Una confusa algarabía. Tal es, pues, la idea más exacta de la importancia de la unidad.

Pero, además, vuestros sentidos demandan vida, animación, diversidad, les repugna la monotonía, buscan la variedad en una palabra. La ilimitada extensión de un desierto, la misma superficie inmensa de los mares, sin ciertos accidentes que le quitan la monotonía, el



canto continuado y sostenido de muchas aves fatiga nuestro espíritu, y si alguna vez un placer moral compensa nuestro malestar físico es debido a la inmensidad, a lo ilimitado del espectáculo. La monotonía no será nunca sublime.

La unidad es la necesidad del espíritu, la variedad es la de los sentidos.

De esto, pues, deducimos que igualmente la unidad que la variedad son necesarios para el placer estético, hemos visto también que la una sin la otra no pueden realizar este placer. Debemos, pues, concluir que la belleza de los objetos materiales reside en la unidad y la variedad íntimamente ligadas, confundidas, digámoslo así, de tal manera que no se manifiestan como dos propiedades distintas, sino como suprema expresión de la belleza, esto es, como realización de la belleza.

En qué consiste esta misteriosa unión, ese enlace maravilloso que une las partes con el todo que realiza la variedad en la unidad, en qué consiste, en una palabra, esa armonía viviente y perceptible, eso es lo que no hemos podido averiguar todavía natural que así sucediera, ya lo hemos dicho, al tratar de la proporción; la belleza, lo mismo que el amor, se sienten, pero no se explican... Quizás ese arcano esté unido a otros conceptos más trascendentales; quizás esa armonía, síntesis de la belleza, sea la aproximación a la perfección absoluta de los seres que la poseen; quizás ese fascinador enlace seduzca más que nuestra inteligencia, que nuestra voluntad, que nuestro corazón; acaso los objetos bellos tengan alguna secreta simpatía con nuestro espíritu... ¡Quién sabe...! El estudio analítico de la belleza intelectual, de la belleza moral y de la belleza absoluta, acaso nos hiciera presentar alguna relación de las que constituyen esa viviente armonía... Limitados a la conversación estética de los objetos materiales estamos todavía muy bajos para llegar hasta ese sol de la belleza que, como cualidad esencialmente espiritual, debe sentir en los objetos inmateriales como esencia, mientras esté en los materiales como manifestación, que como placer de nuestra alma pertenece a un orden más elevado que el de la mera intuición sensible y que como propiedad exclusiva de los seres perfectos únicamente debe encontrarse como centro o foco de donde partan los rayos de hermosura que reflejos y partidos hieren a nuestra sensibilidad estética, en las supremas excelencias del ser bello por excelencia, en las infinitas armonías de las perfecciones de Dios. He dicho.

Madrid, 20 de octubre de 1871, Joaquín María Arnau (rúbrica.)